

## Reseña de libros

### I. EDICIONES Y TÉCNICA FILOLÓGICA

LAMBERZ, E. y ΛΙΤΣΑΣ, Ε. Κ.—Κατάλογος χειρογράφων τῆς Βατοπεδινῆς Σκήτης Ἁγίου Δημητρίου [Κατάλογοι Ἑλληνικῶν χειρογράφων Ἁγίου Ὄρους, Ι]. Tesalónica 1978, 133 pp. + 14 facsímiles.

Siempre constituye un agradable acontecimiento la aparición de un catálogo de manuscritos griegos, y en especial cuando se trata de bibliotecas orientales, cuyos fondos no son apenas conocidos por los investigadores europeos y entre los cuales aparecen de vez en cuando hallazgos sorprendentes de obras de contenido religioso o profano dadas por desaparecidas.

Unas de las más beneficiosas labores que se ha impuesto el Instituto Patriarcal de Estudios Patrísticos de Tesalónica es la catalogación de los cerca de 8000 códices que se guardan en los diversos monasterios del Monte Atos, además de microfilmarlos a fin de ofrecerlos en microfilm a los estudiosos e investigadores. Así se continúa la labor emprendida a finales del siglo pasado de catalogar el fondo de la Montaña Sagrada iniciada por Sp. Lampros (1895-1900), luego los códices de la Vatopedi por A. Vatopedinós y S. Eustratiades y los de la Gran Laura por Sp. Kampanaos y S. Eustratiades.

Prosiguiendo esta encomiable labor de catalogación de eruditos, E. Lamberz y E. K. Litsas se han dedicado a la descripción del pequeño fondo de manuscritos, 73, que se conservan en la Scite (convento) de S. Demetrio, dependiente del gran monasterio de Vatopedi del Monte Atos. Los catalogadores muestran estar al tanto de las reglas modernas de catalogación, bien pertrechados de los conocimientos de codicología y bibliografía, al tiempo que usan la propia lengua de los códices en sus descripciones.

El contenido del fondo manuscrito es eminentemente eclesiástico, como era de esperar, tratándose de una biblioteca de una institución religiosa. Apenas vemos escritores profanos, Demóstenes, Temistio, Isócrates, Plutarco y alguno que otro más y con escasas obras. Predominan lo litúrgico, homilético y hagiográfico, tan abundante en las bibliotecas europeas de fondos griegos. Desvaloriza aún más la estima de este fondo la modernidad de los manuscritos que la mayoría fueron trascritos en los siglos XVII y XVIII y algunos en el siglo XIX.

No obstante, la catalogación de los manuscritos es realmente científica, según las «leges Vaticanæ»; distingue la descripción externa, contenido, descripción detallada externa, valiéndose de las dos clases de letra normal y cursiva. Señala las ediciones, aunque en esta clase de obras muchas son inéditas. Se ha prescindido, saliéndose de la norma general, de anteponer la abreviatura f(olio) delante de los números que señalan páginas, lo cual es una novedad, dudo que laudable, ya que puede engendrar confusión. En la descripción detallada externa se debía haber marcado más divisiones, más o menos como están en los últimos catálogos de la Vaticana. El papel lustroso hace molesta a veces la lectura por los reflejos que engendra.

En fin, son pequeñas deficiencias que no empañan la excelente presentación de la obra, a la que acompañan dos excelentes índices, uno general de autores y materias y el otro de principios inéditos, más una colección de láminas: escrituras que los autores han juzgado más características. Nos congratulamos con los autores de este catálogo y esperamos que este sea el primer eslabón de excelentes catálogos de los numerosos fondos de los 18 monasterios del Monte Atos para bien de los investigadores y para que vayan engrosando el acervo de magníficos catálogos que están saliendo de las bibliotecas europeas con fondos griegos.

GREGORIO DE ANDRÉS

VARRONE.—*De lingua latina*. Libro VI. Testo critico, traduzione e commento a cura di ELISABETTA RIGANTI. Bologna, Casa Editrice Pàtron, 1978, 225 pp.

Uno de los capítulos de la filología latina que está más necesitado de estudios y comentarios actuales y de conjunto es el de los gramáticos: empleados éstos, según conviene, para apoyar o para desestimar determinada teoría, el filólogo contemporáneo los suele despreciar por su calco de la gramática griega y por lo acientífico de sus métodos. Sin embargo, su lectura, no exclusivamente utilitaria ni infravalorativa, sino desde una visión contrastiva con las teorías lingüísticas actuales es, creemos, de un interés innegable.

E. Riganti, con una breve introducción (pp. 7-18), nos sitúa en los aspectos fundamentales del *De lingua latina* varroniano. Composición y publicación: coincide con Funaioli en que se publicaron primero y por separado los libros II, III y IV; la estructura del *De lingua latina*: como se sabe, se nos han conservado sólo los libros V-X, con diversos problemas textuales, y fragmentos varios, por lo que la organización de la obra ha de hacerse según lo dicho explícitamente por Varrón y según razones internas; caracteres y fuentes de la etimología varroniana: subrayamos la perspectiva semántica, la fusión de una concepción pitagórica con otra, según demostró Dahlmann, estoica, la mayor proximidad de los fines de Varrón a los de un gramático o un anticuario que a los de un filósofo estoico, la coincidencia con el contenido de las *Antiquitates*, lo infundado de tachar a Varrón de mediocre compilador por parte de Reitzenstein y, por último, el intento de reconstrucción del método del gramático latino; el libro VI: se distinguen en él una parte dedicada a *tempora*, seguida de otra referida a *actiones*, esta última con varios problemas de estructura y de contenido, junto a los de crítica textual; la tradición: desde el manuscrito más antiguo, el *Florentinus Laurentianus* LI 10 (F) del siglo XI, bastante corrupto y del que, después de su colación por P. Vettori en 1521, se han perdido ocho folios, se enumeran los principales apógrafos y son valoradas las ediciones más importantes (tras la *editio princeps*, aparecida en torno a 1471, la serie ha sido ininterrumpida) hasta llegar a las últimas: la de Goetz y Schoell (Leipzig 1910) es acusada de «*excesso di conservatorismo*» (p. 16), frente a la de R. G. Kent (Londres 1938) y a la de A. Traglia (Turín 1974), que, al proponerse ambas, según Riganti, «*sanare tutte le difficoltà testuali, anzitutto eliminando le cruces*» (*ibid.*), llegan no raramente a «*resultati azzardati o senz'altro inaccettabili*» (*ibid.*). Finalmente, la autora precisa con claridad sus propios objetivos, que nosotros pasamos a detallar en paralelo con su trabajo en concreto.

El texto se presenta como superador de los dos extremos en que habían incurrido las tres ediciones inmediatamente precedentes: «*Gli emendamenti sono stati inseriti nel testo solo nei punti in cui la lezione tradita appariva insostenibile...; in ogni caso, sono stati*

solamente proposti in apparato... emendamenti che il senso richiedeva troppo lunghi, e perciò troppo rischiosi, per poter essere inseriti nel testo» (pp. 16-17). Esta labor de ponderación de lecturas y enmiendas, siempre difícil y discutible en un texto tan corrupto como éste, es llevada a cabo por Riganti con un riguroso método filológico, dando en cada caso, dentro ya del comentario, amplia cuenta del por qué de su elección o de su conjetura: no se limita a razones paleográficas y de significado, sino que, con frecuencia, expone serios motivos históricos, lingüísticos e internos y basados en un buen conocimiento de la lengua y del estilo de Varrón. En todo ello reconoce de antemano y varias veces en el comentario la colaboración (y la autoría de algunas conjeturas) de los profesores G. C. Giardina y E. Pasoli.

En la traducción, cuyo criterio principal es la «puntuale rispondenza al testo costituito» (p. 17) y en la que descarta, si ha lugar, la «possibilità di rendere la traduzione meno inelegante del testo latino a prezzo di una più o meno lieve infedeltà» (*ibid.*), la autora ha de enfrentarse a la problemática fundamental de la, para los que gustan de lucirse, ingrata versión de un gramático: cómo traducir el metalenguaje. En este punto vemos algunas inconsecuencias: si bien se adopta repetidamente la mejor técnica, mantener en cursiva el término usado metalingüísticamente y poner al lado entre paréntesis, si es necesaria, su traducción, sin embargo, en ocasiones, sin ver bien por qué, aparecen fallos (por ejemplo, pp. 24 y 25: *eum Graeci uocant Ἐσπερον nostri uesperuginem* «i Graeci lo chiamano Ἐσπερον, i nostri uesperugine»), sobre todo con nombres propios (por ejemplo, pp. 32 y 33: *Neptunalia a Neptuno* «i Neptunalia prendono il nome da Nettuno»; frente a, por ejemplo, pp. 34 y 35: *Fontanalia a Fonte* «i Fontanalia prendono il nome da Fons); es más, a veces, en una interpretación discutible, emplea el sistema contrario (por ejemplo, pp. 24 y 25: *Nox quod...* «La notte (*nox*) ha questo nome perché...»). De otro lado, a pesar de sus explícitos propósitos, tiende a evitar lo reiterativo de la exposición varroniana y ofrece, en algunos casos, versiones distintas, aunque sinónimas, de una misma ocurrencia (por ejemplo, pp. 28 y 29: *in antiquitatum libris* «nei libri delle *Antiquitates*», pero, pp. 32 y 33: *antiquitatum libri* «i libri delle *Antiquità*»; principalmente, en etimologías: por ejemplo, pp. 30 y 31: *Palilia dicta a Pale* «i Palilia derivano da Pale», pero, por ejemplo, pp. 32 y 33: *Portunalia dicta a Portuno* «i Portunalia prendono il nome da Portuno»).

El comentario, bastante extenso (pp. 87-191), incómodo de leer por estar separado del texto, dedicado ante todo a la problemática textual (cf. *supra*), se detiene también en «informare il lettore... su personaggi, riti, divinità, luoghi, usi e leggi a noi poco o niente noti» (p. 17) con bien documentadas notas, que se convierten, en ocasiones, en notables artículos monográficos (así, por ejemplo, lo referente a los *Luperci*, pp. 101 ss. y 138 ss.), y se completa con los *loci similes* (para lo que, pensamos, la edición de Goetz y Schoell ha sido base importante) que permiten «un'idea della collocazione degli argomenti trattati da Varrone nel quadro della cultura latina» (*ibid.*). Dada, según advierte la autora, la magnitud del abismo «che separa l'etimologia antica, nei fini e nei metodi, da quella di fondazione storico-comparativa» (*ibid.*), las alusiones a la concepción lingüística de Varrón se reducen a lo imprescindible y apenas se hacen juicios de valor sobre sus logros en este terreno. Se comprende así la ausencia en la bibliografía, situada tras el comentario, de obras fundamentales de historia de la lingüística (no obstante, no creemos totalmente excusable no citar la de L. Lersch, *Sprachphilosophie der Alten*, Bonn 1840, y la de R. H. Robins, *Ancient and Medieval Grammatical Theory in Europe*, Londres 1951; sorprende también, por otro lado, la no presencia del diccionario etimológico de Ernout-Meillet o de manuales posteriores al de Schanz-Hosius en historia de la literatura latina).

Finaliza la obra que reseñamos con una serie casi exhaustiva de índices (además del

índice general, ya fuera de paginación), entre los que nos hubiera gustado encontrar uno exclusivamente dedicado a los términos cuya etimología da Varrón.

Se trata, pues, de un buen trabajo filológico, imprescindible, por ejemplo, para quien quiera emprender en profundidad esa obra que podría llamarse *Historia de la Gramática Romana*.

L. A. HERNÁNDEZ MIGUEL

VARRON.—*Économie rurale*. Livre premier. Texte établi, traduit et commenté par JACQUES HEURGON. Collection des Universités de France publiée sous le patronage de l'Association Guillaume Budé. Paris, «Les Belles Lettres», 1978. LXXXV + 194 pp.

La parte introductoria del libro que presentamos, siguiendo la costumbre de la colección Budé, resume el estado de la investigación sobre el escritor editado. J. Heurgon trata, pues, de la personalidad de Varrón, de su obra escrita con especial atención a las fuentes. En su apartado sobre el estilo, demasiado breve, repite sucintamente un artículo que publicó en *RPh* 24, 1950, pp. 57-71. Con una moderada extensión se ocupa de la influencia de las *Res Rusticae* sobre obras posteriores de agricultura. Una relación crítica de las principales ediciones, traducciones y comentarios con una justificación de la edición que nos ocupa siguen al tema de la fijación del texto. El excelente elenco bibliográfico, muy bien ordenado, orienta al estudioso sobre las diversas dificultades que puede encontrar en la lectura del texto. Respecto al *Parisinus* 6842, Heurgon se limita a distinguir entre texto original A<sup>1</sup> y texto corregido A<sup>2</sup>, sin entrar en el detalle de la antigüedad de las diversas manos, aspecto que, no obstante su gran dificultad, ayudaría a conocer mejor el espíritu con que ha sido leído el texto en las distintas épocas. J. Heurgon dice expresamente que quiere ofrecer un texto más fiel a Varrón y no interpretado por un simple filólogo, sino situándolo en las realidades históricas y arqueológicas, no sólo romanas sino itálicas de fines de la república. Dada la gran complejidad de la ciencia filológica parece un contrasentido decir «simple filólogo», mayormente en la especialidad de la crítica textual, para la que la historia y la arqueología son sólo una ayuda y no la única. Esta expresión parece, además, poco feliz, sobre todo si se tiene presente que la colección Budé suele ser muy consultada por nuestros alumnos universitarios. Desde luego, el comentario (pp. 89-189) es la parte más lograda y demuestra una gran erudición histórica, si bien algunos pasajes, como por ejemplo el de los muchachos que van en busca del médico (69, 3), necesitan una explicación para el lector medio que no tenga un cierto conocimiento de la profesión médica en el mundo romano antiguo. Tampoco aparece la menor referencia a los géneros literarios, por ejemplo, en relación con el catálogo de escritores (1, 8-10) y el elogio de Italia (2, 3 y 4), que hubiera permitido al comentarista entender la comparación entre las tierras meridionales y las septentrionales, pues la *comparatio* es un lugar común en el género de las *laudes*. A veces, para no recargar el aparato crítico lo reduce demasiado, como ocurre con el ms. *Laurentianus* y el de la Biblioteca Malatestiana de Cesena. Sin embargo, quien desea profundizar en el texto agradece inmensamente la abundancia de tales datos. Pese al resumen de la página LXV, se echa muy de menos el *stemma* de los mss. presentados en una forma sinóptica. Ciertas consideraciones paleográficas sobre faltas como *cesarem inundatus* por *cis Ariminum datus*, motivada por una división de palabras incorrectas, serían del mayor interés para un mejor conocimiento de la

tradición manuscrita. Es una pena que en el texto se descuide la división de las sílabas, olvidando la composición de las palabras en *ins-titutum*, *pros-cindere*, *sols-titium*, *cons-titui*, *pera-ruit* (2, 19; 29, 2; 30, 1; 31, 1; 33; 49, 1). J. Heurgon considera auténtico el *index capitulorum* que en ciertos mss. encabeza el libro I. Introduce mejoras en el texto de Keil, como, por ejemplo, *et propinqua uillam* (8, 2) por *ex propinqua uilla*. En cambio, sigue el editor teubneriano en conjeturas al menos dudosas, como *generalibus partibus* por *generibus* (5, 4), donde *genus*, como en otros pasajes del mismo libro, guarda un paralelismo con *species*. El libro reseñado será muy útil al estudioso que desee conocer la personalidad de Varrón, los problemas de la transmisión del texto de *Res Rusticae* y, sobre todo, podrá leerlo con un buen comentario de *realia*.

ÁNGEL ANGLADA

VITELLI, CLAUDIO.—*Sull'edizione mondadoriana della «consolatio» di Cicerone*. Sin lugar, fecha a mano [1977], 51 pp.

El interesante librito de C. Vitelli, después de una introducción relativa a la atribución y orden de los fragmentos de la *Consolatio* perdida de Cicerón (pp. 1-5), se ocupa del testimonio sobre todo de Lactancio y S. Jerónimo, trayendo a colación a veces textos del propio Cicerón, en particular de las *Tusculanae* y *Epistulae* y de otros autores como Séneca, especialmente. El testimonio de Lactancio respecto al F3 permite acercar la *Consolatio* a la tradición autobiográfica y ver cómo la autobiografía de Cicerón iba tomando las connotaciones que culminarían en las *Confesiones* de S. Agustín. En el adverbio *insipienter*, Vitelli ve una introspección psicológica de Cicerón (pp. 9-10). Las alusiones posteriores en el tiempo a Lactancio son de segunda mano, derivando de citas de autores anteriores o del propio Lactancio. Las fuentes de la *Consolatio* serían los *opuscula ad sedandos luctus*, de los cuales unos serían *libri* y otros *epistulae*. La mención del libro de Clitómaco por S. Jerónimo parece demostrar que las lecturas de Cicerón no se reducían a escritos específicamente consolatorios, antes bien comprendían un tema mucho más amplio, como era *de maerore minuendo*. La *Consolatio* trataba también de la *lamentatio uitae*, donde Cicerón desarrolló los motivos pesimistas sobre la vida humana, inspirándose en la doctrina de la academia antigua. Los errores de S. Jerónimo se explican mejor por reminiscencias de una lectura juvenil de la *Consolatio*, cuyo texto luego ya no tendría a su disposición. El pasaje *Tusc.* III 28, 69-71 atestigua que los tres *exempla constantiae* de Q. Fabio Máximo, L. Emilio Paulo y M. Porcio Catón el Censor se hallaban en la *Consolatio* y no eran éstos los únicos. S. Jerónimo, *Ep.* 60, 5 es un extracto de la *Consolatio*. Ésta era una fuente accesible, seguramente, a la escuela en los primeros tiempos de la época imperial. Es una pena que Vitelli no se haya detenido algo más en este punto. Quizá la lectura juvenil que atribuye a S. Jerónimo sea fruto de la escuela. Cicerón habría sustituido los tradicionales *exempla miseriae* por los *exempla constantiae*, o pudo haber citado ambos tipos de *exempla* o sólo los *miseriae*, que la tradición posterior transformará en *exempla constantiae*, por ejemplo, Séneca en el caso de Rutilia. Es importante el F22 como prueba de la *laudatio Tulliae*, por cuanto el pensamiento de que la hija de Cicerón había subido a los dioses supone su pertenencia a las almas dignas de semejante destino. De ello se desprende que la *Consolatio* contenía una parte encomiástica más o menos extensa, lo que la acercaría a la *laudatio funebris*. El F23 presenta vestigios de ésta en los epítetos *omnium optimam doctissimam* y en el apóstrofe final *teque... consecrabo*. La *Laudatio* debía mediar, pues,

entre los F22 y F23. Esto último ofrece muchas indicaciones sobre los temas de la parte final de la *Consolatio*, inspirados precisamente en la teología de Evandro de Mesene, en cuya concepción los dioses habían sido en un principio benefactores de la humanidad y elevados a los honores celestes después de la muerte gracias al reconocimiento de los humanos. Esto explicaría aún mejor la necesidad de la *Laudatio Tulliae*. El segundo período del F23 sintetiza una sección de la *Consolatio*. El presente folleto es tan breve como interesante para quien desee conocer la *Consolatio* de Cicerón y ver un método riguroso en un campo tan espinoso como es la crítica de fuentes.

ÁNGEL ANGLADA

AURELIUS VICTOR.—*Livre des Césars*. Texte établi et traduit par P. DUFRAIGNE. Paris, «Les Belles Lettres», 1975, LXIII + 213 pp.

La prestigiosa «Collection Budé» de textos clásicos nos ofrece en esta nueva edición de las *Historiae abbreviatae* de Aurelio Víctor una oportuna respuesta a una necesidad reclamada, sentida y hasta exigida por filólogos e historiadores de la Antigüedad: la revalorización y evidencia de que la literatura epitomística latina tardía necesita una revisión y una atención de la que no ha sido objeto desde hace muchos años. Antes al contrario, los epitomistas del siglo IV —Víctor, Eutropio, Festo y el autor anónimo del *Epitome de Caesaribus*— han sido objeto de juicios despectivos, como el que formulara Sir Ronald Syme en *Ammianus and the Historia Augusta*, Oxford 1968, p. 105: «poor and scrappy products all three», o el de A. H. M. Jones en *The Later Roman Empire*, Oxford 1964, p. 78. Juicios que siguen pesando en la crítica moderna y que arrancan, sin duda, desde más atrás (cf. O. Seeck, *Untergang der Antiken Welt*, IV, p. 193, para Víctor), pero que no demuestran más que una clasificación elitista —y por lo tanto falsa— de las fuentes históricas y que, además, no responden a otra cosa que a una opinión momentánea, ya que los autores que los han formulado —grandes especialistas en Historia Romana— saben muy bien de la importancia y a veces valor imprescindible de estos autores.

Al margen de este hecho, y dejando a un lado la realidad de que Aur. Víctor no ha sido reeditado desde 1892 (ed. F. Pichlmayr, Teubner, con numerosas reimpressiones), recientemente los estudios de E. Malcovatti, W. den Boer, J. Schlumberger y J. W. Eadie, demuestran un creciente interés por estos autores y han puesto de manifiesto la perentoria necesidad de volver a analizar estos historiadores que, aunque abreviadores didácticos, han tenido gran influencia en la historiografía posterior, precisamente por su mismo carácter. La edición de P. Dufraigne, que ahora comentamos, se inserta plenamente en esta corriente de investigación (cf. Paschoud, *REL*, 1975, p. 94 y ss.).

El libro se compone de una introducción de LXIII pp., en las que se ofrece una amplia visión de todos los problemas referentes a Víctor y a su obra (fecha de composición, personalidad del autor, fuentes de la obra, encuadramiento dentro del género literario de los *breuiaria*, tradición manuscrita, etc.). Esta introducción constituye —junto con los trabajos de Starr y W. den Boer— uno de los más amplios estudios que se han hecho sobre Aur. Víctor y su obra.

El autor acepta la fecha de composición de la obra en 360, tal y como permite inferir el propio texto (cf. *Hist. Abbr.* 42, 20), pero distingue esta fecha de la de su aplicación, que él propone en octubre del 361, debido a una oportuna previsión de Víctor, dado que el enfrentamiento entre Juliano y Constancio era ya inevitable cuando se acabó de escribir

la obra, esto es, en 360 (mediados). A esta previsión obedecerían las reservas y críticas de Víctor al «entourage» de Constancio II: *ut imperatore ipso praeclarus, ita apparitorum plerisque magis atrox nihil* (ver Paschoud, *l.c.*, pp. 95-6). Mi impresión es, sin embargo, que la publicación de la obra de Aurelio Víctor hubo de tener lugar *después* de la muerte de Constancio (noviembre del 361): su *elogium* (42, 33) parece que indica el juicio-resumen de su actividad como emperador, siempre situado al final de la narración completa de una *vita* en la estructura de la obra (cf. 41, 17 ss.; 40, 26 ss.; 39, 44, etc.). La crítica a sus colaboradores debió de ser redactada para congraciarse con Juliano, y quizá después de la eliminación de los principales de ellos en el juicio de Calcedonia (diciembre 361) (Amm. XXII 3, 1 ss.).

Un capítulo que suscita interés es el referente a las ideas religiosas del autor. Para Dufraigne, el historiador es tajantemente un pagano: «il n'est certainement pas chrétien», aunque en este paganismo hay que matizar: «tout ceci nous est suggéré l'idée d'une sorte d'agnosticisme superstitieux, dont l'homogénéité interne est difficile de saisir». En este punto se echa de menos una distinción: si Víctor hubiera sido cristiano, no hubiera sido promovido por Juliano al puesto de *corrector Pannoniae Secundae*, ni le hubiera erigido una estatua de bronce (cf. Amm. Marc., XXI 10, 6: nov. 361); sin embargo, sabemos que Víctor fue PVR en 388-389 con Teodosio, lo cual podría indicar un cambio hacia el cristianismo en el transcurso de los años (cf. R. von Haeling, *Die Religionzugehörigkeit...*, Bonn 1978, p. 393; contra A. Chastagnol, *Préfecture...*, París 1960, pp. 440-1). Esto es: Víctor, quizá como el propio Amiano Marcelino, es uno de esos hombres ambiguos y adaptables que produce el siglo IV, debido verosímilmente a sus propias contradicciones internas o a oportunismos concretos, que lo mismo se manifiestan paganos convencidos que difusamente cristianos.

Respecto al tema de las fuentes de la obra de Víctor se ha discutido ampliamente (cf. p. XXV ss., aunque Dufraigne no lo hace en toda la extensión y profundidad que hubiera sido de desear). El autor rechaza la idea de la existencia de una «Kaisergeschichte», motor y base de la obra, y se inclina más a pensar en una información memorística y escolástica, haciendo depender menos este tipo de obras de la producción escrita anterior.

La fijación del texto es satisfactoria, igual que su traducción.

El cuerpo de «Notas Complementarias» constituye una excelente ilustración histórica, que contiene referencias de gran utilidad por su valor fundamentalmente comparativo con otras fuentes contemporáneas o más tardías. En ellas las referencias a las fuentes coetáneas son mucho más abundantes que las menciones de artículos o libros modernos sobre temas conflictivos o polémicos. Ello, a veces, resulta un inconveniente (sobre 42.17-19 hubiera sido necesario confrontar J. Straub, *Vom Herrscherideal in der Spätantike*, 1939, pp. 56-57 y n. 305).

La nueva edición de Aurelio Víctor se sitúa, como he dicho, en la línea de reivindicación de estos autores «menores», pero no por ello menos imprescindibles ni tampoco menos historiadores (p. XXXIX). Quienes los han relegado tan injustamente —o tan superficialmente— deberían tener presente que Víctor se encuadra sin duda en las palabras de Amiano: *tunc enim laudanda est breuitas, cum, moras rumpens intempestiuas, nihil subtrahit cognitioni gestorum* (Amm. Marc., XV 1, 1).

JAVIER ARCE

DÍAZ DE BUSTAMANTE, J. M.—*Draconcio y sus carmina profana. Estudio biográfico, introducción y edición crítica*. Monografías de la Universidad de Santiago de Compostela, 44. Santiago de Compostela 1978, 460 pp.

El autor se propone «la reivindicación de un marginado, la recuperación de los nombres que aparecen en "letra pequeña"», camino que ya iniciara M.<sup>a</sup> del Dulce Nombre Estefanía Álvarez (*Los Panegricos de Coripo*, Santiago de Compostela 1972).

Una amplia bibliografía sobre Draconcio y su obra (pp. 19-29) antecede a la primera parte (pp. 31-96), dedicada a trazar la bibliografía del poeta africano a partir de «los datos realmente existentes». Lo ha logrado el a. a través de dos vías complementarias: a) de un lado, analizando y criticando las aportaciones a la vida draconciana de Vollmer, Kuijper, Romano, Corsaro y otros; b) de otro, reflexionando sobre los escasos datos biográficos que la obra de Draconcio ofrece. Destaca la defensa de la romanidad del poeta y la interesante polémica sobre los motivos del encarcelamiento de Draconcio en tiempos del rey vándalo Guntamundo (p. 51 ss.). La biografía está tratada de forma bastante completa.

En la segunda parte (pp. 97-134) analiza la controvertida cuestión de cuál sea realmente la colección tradicionalmente intitulada *Romulea*. El autor piensa que no existe ni unidad ni homogeneidad en la clasificación de los poemas y «es, por tanto, impensable que la denominación genérica *Romulea* pueda ser aplicada a toda» la colección, aunque «la cuestión de si *Romulea* son todos o sólo los *carmina* VIII y IX de N, por simple honestidad ha de quedar abierta» (pp. 131-2). Sólo una apostilla a la p. 112: la composición del prefacio III en hexámetros dactílicos no se debe a diferencia de temas respecto al prefacio I, sino más bien a una nueva tendencia de empleo del hexámetro en los prefacios, que comenzó con Juvenco, continuó con Draconcio y Coripo (cf. *Praef. in laud. Iustini*) y tomaría carta de naturaleza en la Edad Media (cf. U. Stache, *Flavius Cresconius Corippus, In laudem Iustini Augusti minoris. Ein Kommentar*, Berlín 1976, p. 44).

La crítica literaria de los poemas, materia de la tercera parte (pp. 135-242), revaloriza la obra profana de Draconcio, mal entendida desde presupuestos «clásicos». Llama la atención el análisis del poema V, que, según el autor, es una «obra organizada con puntillosa minuciosidad y la única controversia que junto con la *controversia de piscatore* (*Anth.* 21) tiene forma poética» (p. 168). Nos hallamos ante un comentario erudito «desde el punto de vista de la retórica antigua».

La edición crítica (pp. 243-384) consta de una introducción y del texto propiamente dicho. En la introducción (pp. 243-266) establece la historia del *codex unicus* IV E 48 de la Biblioteca Nazionale de Nápoles, expone de forma irreprochable la descripción codicológica y paleográfica, defendiendo la existencia de tres manos —incluida la de Galbiato— en contra de la única mano que propugna Vollmer. Pasa a continuación al estudio del texto con un análisis ortográfico esclarecedor y una defensa de dos copias para el poema X (*Medea*). Termina la introducción con una pequeña crítica a las ediciones anteriores y los objetivos de su edición, que ha procurado «hallar y seguir una vía media».

Mas hora es de pasar a la valoración del texto establecido por J. M. Díaz de Bustamante. El valor de una edición no se debe medir por la cantidad de conjeturas que se propongan, sino por el establecimiento correcto y lo más fidedigno posible de lo que debió decir el escritor, en este caso, Draconcio. De ahí que el mérito de la presente edición haya que verlo no en las escasas conjeturas que aparecen (cf. V 75, VIII 247, 483 y 546), sino en la elección de la mejor lectura propuesta por los comentaristas o editores de Draconcio —sigue de cerca a Vollmer— (cf., a título de ejemplo, VIII 133, IX 99, X 439), en el mantenimiento de la lectura del manuscrito (cf. IX 118) o en la corrección de lecturas

viciadas de otros editores (cf. VIII 360, IX 127 ó X 161), amén de algunas ajustadas puntuaciones (cf. VIII 62, IX 29).

En el apartado de las fuentes draconianas es completamente deudor de Vollmer. No añade ninguna, sino que se limita a «seleccionar los testimonios». No obstante, creo que el capítulo de las fuentes de un autor nunca queda cerrado. He aquí algunas más:

- IV 39 *huc ades*, cf. Verg., *Ec.* II 45 *huc ades*.
- V 38 *turpis egestas*, cf. Verg., *Aen.* VI 276 *turpis Egestas*.
- V 151 *ora parentum*, cf. Verg., *Aen.* VI 308 *ora parentum*.
- X 225 *dic, uirgo*, cf. Verg., *Aen.* VI 318 *dic... uirgo*.

En X 368 no señala a Lucano X 21 *felix praedo*.

Termina el libro con un apartado dedicado a «Notas» (pp. 385-393), concisas y aclaratorias, aunque no estemos de acuerdo con las transcripciones de los nombres mitológicos (Éaco, Anfion, Polixena, Prosérpina, Ártemis, etc., y no Eaco, Anfión, Polixena, Proserpina, Artemis, etc. Me inclino por seguir a A. Ruiz de Elvira, *Mitología Clásica*, Madrid 1975, pp. 499-536, y A. Pociña «Sobre la transcripción de los nombres propios latinos», *EClás.* 80, 1977, pp. 307-329). El «Index nominum et locorum» (pp. 395-401) y el «Index verborum» (pp. 403-454), útil para el estudioso no sólo de Draconcio, sino también de los autores tardíos, cierra el libro.

La presentación del libro es buena, pese a que siempre se escapan las insidiosas erratas (p. 319: debe decir v. 147 y aparecer en la p. 318; p. 335 en el v. 483 falta *ipsa*, imprescindible para no dejar el verso «sine metri ratione»; p. 342 en el v. 627 debe decir *ore cruento* y p. 345 en el v. 36 debe leerse *auus*).

Las anteriores nimiedades no empañan en absoluto el presente estudio de la obra profana de Draconcio, que bien podría significar un toque de atención para que se desempolvaren muchos autores de los siglos V y VI un tanto olvidados en nuestro país.

ANTONIO RAMÍREZ DE VERGER

## II. LINGÜÍSTICA

KAIMIO, MARIT.—*Characterization of Sound in Early Greek Literature*. Societas Scientiarum Fennica. Helsinki 1977, 285 pp.

El autor hace un estudio de las expresiones usadas para caracterizar las diferentes cualidades de los sonidos en la Literatura Griega primitiva. Por «sonido» entiende desde los musicales a los ruidos de todas clases, incluyendo la voz humana. Creemos que con este estudio global rellena una laguna importante en la bibliografía sobre el tema, ya que hasta ahora había comentarios aislados que fácilmente llevan a interpretaciones erróneas o simplistas. El autor elige como objeto de estudio la poesía y prosa anterior al año 400, porque estos autores representan la generación educada según el estilo clásico de la música, y no están influidos por la terminología profesional. Estudia detalladamente los contextos donde aparecen palabras u oraciones añadidas al término que indica el sonido; piensa que éstas nos dan una indicación del deseo del autor o de la tradición para calificar el sonido. La distribución del material está hecha por géneros literarios y, dentro de ellos, por autores, lo cual tiene la ventaja de hacer ver los aspectos individuales de éstos y los comunes del género, pero la desventaja de no poder presentar coherentemente las expresiones

siones de cada cualidad de sonido a través de los diferentes autores. La obra suple en parte esta última con las conclusiones finales y con la adición de índices.

En la parte fundamental del libro titulada «Discusión» nos parece que el autor ha realizado un trabajo detallado y exhaustivo para cumplir los objetivos señalados por él en la Introducción, sin eludir un buen estudio estadístico sobre estas expresiones en los dos poemas de Homero, y dando una profusión de datos que ayudan a una profundización en el conocimiento de los autores tratados. A Homero le dedica el mayor espacio, debido al amplio material que ofrece y a ser el primer poeta conocido. Tiene en cuenta su especial carácter de poesía oral y distingue las expresiones formularias de las únicas. Plantea aquí los principios teóricos con los que va a operar en el estudio de los demás géneros y autores porque en Homero encuentra ejemplos de todas las caracterizaciones de sonidos. Divide en siete los grupos de palabras o expresiones que describen las cualidades del sonido. El primero es el de adjetivos y adverbios, el más frecuente modo de describir sonidos. Dentro de este apartado hace una previa y ordenada distribución de cualidades de sonidos que facilitan al lector los modelos. Estas son: *a*) palabras que describen en general «sonoridad» de las que el adjetivo más frecuente es μέγας, otros son μακρός, διαπρύσιος, πολύς, etc.; *b*) palabras que describen otros atributos tonales: ὄξύς, βαρύς, etc.; *c*) que describen repetición y continuidad ἄδιδός, πυκινός, etc.; *d*) que reflejan una «apreciación estética» más que una cualidad de sonido (se refiere a vocales humanas o divinas y a la música, ejemplo, καλός); y *e*) impresiones afectivas en los adjetivos δεινός, κακός, ἐλεεινός, porque tienen la connotación de sonoridad. Se estudia cada adjetivo o adverbio y todos ellos según el mismo esquema: los datos estadísticos al principio y luego la descripción de los diferentes contextos, donde aporta ya conclusiones parciales.

Otros grupos son: Adjetivos compuestos que contienen caracterizaciones de sonido. Sinónimos coordinados. Expresiones cuantitativas que ponen de relieve la sonoridad del sonido, bien por la distancia, ejemplo: τόσσοις, ὄσσοις, o por las veces —normalmente tres— que se repite. Efectos del eco que produce el sonido además de éste. Metáforas. Comparaciones que ilustran la sonoridad, ejemplo, ruidos producidos por la multitud, en batalla, etc. Finalmente, como último grupo, casos en los que se acumulan varios métodos que suelen ser excusas que el poeta describe con especial fuerza como batallas, o el grito de Aquiles sobre el muro.

Tras Homero se estudian todos los géneros de la Literatura Griega, y dentro de ellos la casi totalidad de autores; en todos ellos se sigue el mismo método de trabajo: un estudio detallado de los contextos donde aparecen las distintas caracterizaciones de los sonidos, siempre siguiendo los grupos establecidos en Homero, y al final un resumen en el que se dan las particularidades y preferencias de cada autor o las diferencias en comparación con otros autores del mismo género. Así, por ejemplo, nos enteramos de que en los *Himnos*, en Hesíodo y la *Lírica* predominan las apreciaciones estéticas que no aparecen en la *Tragedia*, donde, en cambio, tenemos expresiones y adjetivos de sonoridad y caracterizaciones afectivas, y en la *Comedia* tenemos una mezcla de recursos derivados del carácter propio del género. Resalta el autor las particularidades de cada uno de los tres grandes trágicos, además de sus diferencias. Lo mismo hace entre los prosistas con Heródoto y Tucídides.

Dedica la última parte a sacar conclusiones generales en tres aspectos diferentes, el primero sobre el uso de algunos adjetivos o expresiones que con más frecuencia caracterizan sonidos. También aquí estudia detalladamente en qué autores aparecen y en cuáles no, en qué contextos, si alguna particularidad unifica estos contextos, etc. En el segundo apartado de las conclusiones estudia las cualidades de los sonidos en los diferentes autores y géneros, siguiendo otra vez el orden cronológico. Nos dice, por ejemplo, que en

la épica hay expresiones que parecen atestiguar un deseo particular del autor y que hay diferencias en la caracterización de sonidos entre las dos obras, aunque, sin profundizar más, lo achaca a la diferencia de temas. Tras la lectura de este apartado observamos que el autor remite a lo dicho en la parte central del libro y que, exceptuando lo referente a la épica, que parece haber sido estudiado con mayor profundidad, lo que hace es ordenar las conclusiones ya sacadas y dichas allí.

Por último, de una manera breve saca unas bien fundamentadas conclusiones generales que junto con una completa bibliografía y con la inclusión de tres amplios índices —de lugares, de palabras y de conceptos— dan al libro un indudable interés y originalidad.

A. ALAMILLO

BLOMQUIVIS, JERKER.—*Das sogenannte KAI adversativum. Zur Semantik einer griechischen Partikel.* Studia Graeca Upsaliensia, 13. Upsala 1979, 66 pp.

Como según manda la lógica los valores copulativo y adversativo son irreducibles, los supuestos matices adversativos que, conforme a la doctrina recibida y rodante, se atribuyen a la conjunción copulativa καί (quedan fuera aquellas ocurrencias de καί adverbio enfático, tipo Hom. *Od.*, XIII 169), por lo cual se le suele decir «καί aduersativum», constituyen un problema interesante, que el presente estudio monográfico intenta esclarecer. El autor no ha recogido sus ejemplos en una investigación de primera mano, sino que los ha aperdigado, teniendo a la vista todos los pasos colegidos en la literatura erudita anterior desde H. Estienne a Trenkner, Ljungvik, Zilliacus y Verdenius, pasando por los grandes repertorios de Vigier, Hoogeven y Denniston. Son unos 150 ejemplos, a ojo de buen cubero; la tropa de ejemplos, en algunos de los tipos, pudo ampliarse con algunos otros, de haberse aplicado el autor con alguna paciencia al ojeo de los léxicos. Ahora bien, lo importante es que la lista de ejemplos, la presente o la eventualmente ampliada, necesita un buen limpión para decidir a cuáles debe otorgarse a título debido la susodicha estimación adversativa. Con pulcro método, el autor va oponiendo, al respecto, precauciones tácticas, cautelas y salvedades, cuyo resultado es que, en griego clásico, los casos que caen debajo del número de las probanzas auténticas se evaporan por completo.

Entre el valor conectivo y el adversativo se da una oposición que, como ocurre con las oposiciones lingüísticas, sólo se realiza cuando es relevante para el contexto lingüístico o para la situación exterior en que se enmarca la expresión; pero, por otra parte, no todas las oposiciones contextualmente relevantes se realizan lingüísticamente con forzosidad: la oposición de dos ideas, que normalmente se siente en la lengua como relevante (ἐργα, ἀλλ' οὐ λόγῳ), puede el hablante no experimentarla como tal en un momento determinado (ἐργα καὶ οὐ λόγῳ) y utilizar καί, sea porque su valor es realmente copulativo, sea porque su valor es neutro (la explicación es fácil, el rasgo o facción distintiva de esta oposición es el adversario, el término negativo es, pues, el copulativo y es prerrogativa suya poder funcionar como tal (copulativo) o como neutro). Distingue el autor tres tipos corrientes de irrelevancia, en los que existiendo lógicamente la oposición adversativo/copulativo, la lengua, sin embargo, no la hace expresa. Primero, cuando el hablante se representa como independiente dos momentos del relato o descripción, aunque en estricta lógica uno se contraponen al otro. Segundo, cuando la segunda frase de una contraposición se siente unida más estrechamente que con la precedente con otra que la sigue, y con la cual no se establece relación adversativa. Y tercero, no de otra suerte cuando pudiendo oponerse una frase a otra que la precede y a otra que la sigue, en la trabazón lógica del conjunto el

matiz adversativo que cada frase por sí de las dos primeras pudiera hacer expreso, se diluye y las dos juntas se acoplan para contraponerse como un todo a la frase que sigue (tipo Eur., *Heraclid.* 554). De señalar son algunos idiotismos de vieja cepa griega para la síntesis oracional, resultado de una sensibilidad diferente a la de nosotros sus lectores de hogaño que, si prestándoles nuestros hábitos mentales de hoy y viéndolos a través del cristal coloreado de nuestras traducciones, damos valor adversativo al matiz copulativo, cometemos una falsificación de la manera de ser exclusiva del giro griego, tolerable quizá en la traducción (en las malas traducciones, pongo por caso, de Soph, *Ant.*, 332), pero no en la exégesis gramatical. En algún caso, en tales construcciones copulativas «en lugar de adversativas, el griego ha buscado en principio un valor estilístico (σχῆμα o «estilo καί»), pero luego han seguido cursando como moneda muy corrida (tipo Eur., *Heraclid.* 509). A ninguno de estos tipos cumple aplicar con propiedad el cognomento de «καί adversativo». Infiérese que; en griego clásico, no está documentada la existencia real del mismo.

De otra parte, en la versión griega de los LXX y en varios pasajes del Nuevo Testamento el valor adversativo de καί es prudente explicarlo como semitismo (sin temor a incrementar el número de pseudosemitismos de esta lengua), pues sabe a fruto de trasplante y se corresponde tan al justo con el *w*<sup>e</sup> hebrero (cf. Verdenius, *Mnemosyne* 28, 1975, pp. 80-90, que da noticia del tema y ministra ejemplos). Los pasajes del NT están puestos en boca de Jesús, y sabido es que el griego que en la lengua de Jesús se produce tiene marcado acento semita y son los semitismos de lo más fisonómico de esta lengua. No más, cuando más, de tres ejemplos (conviene a saber, *Math.* 12, 12; *Apc.* 10, 28, y *I Thess.* 2, 18) escapan a esta regla de raigambre hebrea y sello lingüístico especial de las palabras de Jesús: es cuando menos discutible que no deban explicarse, también ellos, como semitismo.

En el griego más tardío, así en la lengua de los papiros (postcristianos todos los ejemplos, salvo uno en un papiro datable del 156 a. C., y por ello debe contarse con el influjo bíblico) como en la lengua literaria (verbigracia, en Juan Malalas), la acumulación de ejemplos parece obligarnos a suponer una restricción progresiva en el uso de las partículas propiamente adversativas y un incremento de καί con tales valores (relativamente a la regresión de δέ, Kurzová ha pensado que juega, en este caso concreto, la regresión general de las partículas postpositivas ante las antepositivas). Todo lo cual no significa (como A. Hellwig pretende en *Glotta* 52, 1974, pp. 145-171) que a las partículas griegas, como a ciertos elementos prosódicos en algunas lenguas modernas, las caracterice una indefinición, que sólo el contexto precisa y que, por ende, según el contexto καί puede ser «y», «pero» y cualquier otra cosa. El autor de este libro, como nosotros, se niega a creer en una significación «indefinida» de καί, y lo que ha pretendido es estudiar su significación propia y una posible evolución histórica de la misma.

Este trabajo completa un punto que Blomqvist no había considerado en su conocido libro de conjunto *Greek Particles in Hellenistic Prose* (Lund 1969), ni tampoco M. E. Thrall, *Greek Particles in the New Testament* (Michigan 1962), en lo que a esta lengua respecta. Responde a su propósito en términos satisfactorios: estudio con escrupulosidad, construido sólidamente y pulcro en el detalle, de los datos del problema, de una parte; de otra, satisface también el trabajo por el prudente desempeño del autor en la valoración de los datos. Otro mérito que enumerar al activo radica en la discusión, con buenas razones, de puntos de teoría general que guardan muy directa relación con el objeto del estudio, los fundamentos sistemáticos en que se inspira y el sentido que lleva. No me ocurre negar, sin embargo, que un estudio de la partícula «adversativa» καί no puede satisfacer enteramente, cuando se la aísla por completo de las demás partículas más o menos concurrentes con ella. Término obligado de comparación es aquí δέ, documentados en ella desde un

principio los dos valores, el copulativo y el adversativo, e imponiéndose progresivamente este último. Para diseccionar adecuadamente el problema que en este libro se estudia, hay que enfrentarlo en un marco más general y sistemático (oposición con otras partículas, neutralizaciones). La obtención de un resultado firme no es posible, sin esa condición que hoy se exige en estos estudios y en verdad creo que es así como hay que abordarlos.

J. S. LASSO DE LA VEGA

ANDRÉ, J.—*Les mots à redoublement en latin*. Paris, Klincksieck, 1978, 125 pp.

Por «redoublement» (esp. «reduplicación») se entiende la repetición de un elemento básico, normalmente radical, de una palabra; la repetición de una palabra entera recibe el nombre de «reduplication» (esp. «geminación verbal»), fenómeno de menor importancia en la lengua latina (tipo *quisquis*). La reduplicación puede ser total de base bilítera (*pa-pa-uer*) o tríltera (*mur-mur*), y parcial o «quebrada» («redoublement brisé»), con la base incompleta (*bal-b-us*, *cro-c-ire*); la parcial es inversa cuando el elemento incompleto precede a la base (*te-tr-icus*, *ti-tul-us*).

El fonema inicial de la reduplicación suele ser consonántico y a menudo de modalidad oclusiva, y pocas veces vocálico (*upupa*) y sonántico (*lallare*); por el contrario, el fonema final de las bases trílteras es sonántico, líquido (*gurgurive*, *galgulus*), nasal (*bambalo*, *tintinnare*) o semivocal (*baubari*). La base puede presentarse en grado cero (*gi-gn-o*, *po-pl-es*) o pleno (*me-min-i* < \**me-mon-ai*, *pō-pul-us*); el vocalismo del elemento repetido puede ser idéntico al de la base (*turtur*) o variar por diversos motivos en timbre y cantidad (*cicūta*, *cicāda*, *pāpilio*); en los temas de *infectum* y de *perfectum* el vocalismo es fijo y sólo está sujeto a accidentes fonéticos secundarios; la reduplicación gramatical de presente y de perfecto entra sólo incidentalmente en el presente estudio.

Para establecer la autenticidad de la reduplicación, el autor sigue varios criterios; de ellos el más importante es de orden estructural: hay reduplicación cada vez que a la forma reduplicada se opone una forma simple que contiene la base, sea en la misma lengua (*ciconia / conea*), sea en lenguas distintas (*turtur / τρυγών*); otros criterios atañen al mismo tipo morfológico; así en *grex* puede verse el mismo tipo que en *graculus*, *clacendix*, etc.; o a una función típica de la reduplicación: *grex* indica un valor colectivo como *populus*. Pero tanto el criterio morfológico como el semántico se someten al procedimiento comparativo que opera bien con los datos de la propia lengua, bien con los que suministran otras emparentadas o incluso distantes; en este caso, la reduplicación de *grex* se evidencia en γέργρεα.

En buena medida es éste un estudio comparativo que no se limita a las lenguas indoeuropeas, pues se extiende a menudo a las lenguas africanas, indonesias, amerindias, etc.; este amplio ámbito de referencia lingüística se hace inevitable, puesto que en las lenguas más diversas aparecen bases de reduplicación comunes, como la que designa la cabeza y el cráneo (\**ka-*: lat. *cacumen* «somet», scr. *hakūbh-* «somet», hebr. *qoqoq* «somet», acad. *qaqqadu* «tête»).

Las alteraciones fonéticas sufridas por las formas reduplicadas a lo largo de su evolución histórica, son un claro síntoma de la desfuncionalización de la reduplicación; *febris* y *serra* enmascaran formas reduplicadas difíciles ya de desvelar (\**dhe-dhr-is*, \**ser-sa*). Otras se han perdido en el paso al romance: *cucurbita* > fr. *gourde*, *gingiua* > esp. *encía*; por mi parte sugiero la hipótesis de que el esp. *cumbre*, port. y gall. *cume*, cat. *cumen*, etc., pueden

remontarse a *(ca)cumen*, mejor que a *cūlmen*, que es el étimo que registran los diccionarios, pero que presenta la dificultad insalvable de la cantidad breve de la vocal radical; en última instancia, quizá pueda hablarse de la confluencia morfosemántica de las dos palabras. Y, por el contrario, algunas formas reduplicadas han surgido secundariamente, a consecuencia de transformaciones fonéticas, como es el caso de *barba*.

Si, por una parte, la reduplicación con función gramatical ha caminado al desvanecimiento, por otra, en cuanto fenómeno expresivo característico de la lengua familiar se ha mantenido siempre viva en latín, e incluso ha prosperado en romance con nuevas formaciones: fr. *tante* < *amita*, sard. *kunku*, mallorq. *konko* < *auunculus*.

La reduplicación tiene un carácter simbólico que se pone de manifiesto, singularmente, en la onomatopeya, en la imitación de sonidos naturales por medios lingüísticos; pero este carácter imitativo no se limita a la percepción sonora, sino que alcanza abundantemente a la visual, representando el movimiento, la forma y el volumen de los objetos en las llamadas «onomatopeyas silenciosas». Todas estas palabras que tienen la virtud de evocar, por su propia estructura, los sonidos, el movimiento, la forma o las dimensiones de los objetos, y de provocar una impresión en el sujeto perceptor son términos «impresivos». Los impresivos sonoros son con mucho los más numerosos e importantes; representan el tartamudeo humano (*barbarus*, *balbus*), instrumentos musicales (*cicuta*), ruidos diversos (*cachinnare*, *gurges*, *murmur...*), gritos y nombres de animales (*baubari*, *bubo*, *cuculus...*); estos últimos son los más frecuentes; algunas onomatopeyas se introducen «en bruto», sin adaptación gramatical (*glutglut*, *mutmut*, *tuxtax*); otras reflejan además la idea de movimiento y son audiomotoras (*lallare*, *nenia*, *titillare*, *serra*).

Los impresivos de movimiento representan mediante la repetición silábica el movimiento de vaivén (*palpus*, *palpebra* y *papilio*, que se asientan sobre la fecunda base *pal-*), el oscilatorio (*titubare*), el circular repetido (*furfuraculum*), el de enrollamiento (*cincinnus*), el estremecimiento (*febris*, *formido* < \**mor-m*), el enrejado (*canceri*, *carcer*). Los impresivos de forma que se caracterizan por el predominio de la secuencia *c-c* y del vocalismo *-u-* representan formas circulares, redondeadas y abultadas (*circus*, *cacumen*, *curculio*, *bulbus*, *cucumis*, *cucurbita*, *cucullus...*).

La reduplicación expresa también nociones de orden cuantitativo, de ordinario pluralizantes, como la colectiva (*grex*, *populus*, *calculus*), la aumentativo-intensiva (*cancer*, *memor*, *tetricus*, *tutulus*) y la iterativo-resultativa (*furfur*, *quisquiliae*). Sin duda, algunas de estas nociones son más bien cualitativas y concretamente aspectuales: la iterativa y la intensiva, ambas modalidades durativas, las clasificamos nosotros como «extensionales»<sup>1</sup>. A propósito de *memor* creemos que su reduplicación refleja, mejor que la noción intensiva (pp. 56 y 102), la iterativa; ésta es no sólo la más común con los impresivos de movimiento (*palpitare*, *papilio*), sino consustancial al campo semántico de «recordar», como demuestra la abundancia de términos modificados con *re-* que funcionan en el mismo<sup>2</sup>. En cambio, clasificamos como «secuenciales» la noción resultativa de un proceso y la perfectiva, típica de la reduplicación del perfecto (*pepigi*) y que se observa además en la representación de un movimiento completo o de una forma acabada, como la circular en *tutulus* (p. 3). Tiene toda la razón el autor cuando afirma que la función de la reduplicación se asemeja a la de los sufijos: «le redoublement entier ou partiel d'un élément de mot, d'un mot, d'une racine ou d'une base doit être considéré comme un outil grammatical et sa valeur s'apparente à celle d'un suffixe» (p. 101).

<sup>1</sup> B. García-Hernández, «El sistema del aspecto verbal en latín y en español», *Studia Philologica Salmanticensia* 1, 1977, p. 92 s.

<sup>2</sup> Id., *Semántica estructural y lexemática del verbo*. Reus, Ed. Avesta, 1980, p. 245.

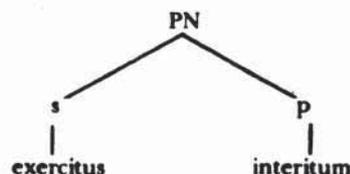
Otro tipo de reduplicación sin carácter gramatical es el propio de la lengua familiar e infantil, estudiado bajo el epígrafe de «Nursery-words»; en él entran los nombres de los senos (*mamma, puppa...*), del niño (*pupus, ninnium...*), de necesidades infantiles (*pappa, cacare...*), de parentesco (*abba/baba, acca/caca, amma/mamma...*); éste cumple ante todo con la función expresiva de subrayar morfológicamente el mensaje de la palabra, y se caracteriza por el predominio de la estructura disilábica, consistente en repetir la misma sílaba constituida a su vez por las nasales *m/n* o las oclusivas *k/pl/t* y el vocalismo *a*, con la posibilidad de la geminación consonántica (*mamma, puppa*). *Ninnium* (p. 64), vocativo, según la interpretación que recoge André de Traina, en Plauto, *Poen.* 371 (y no, por error, en *Pseud.*), con el valor de «mi pequeña», se halla presente, además de en las lenguas citadas por el autor, en el esp. *niña* (*niño*), con enorme vitalidad. Los registros (C.G.L. 5, 612, 42; *cod. Vat.* 1649) de *turtur* (p. 66), entre otros nombres de pájaros, designando el pene, vienen a confirmar nuestra interpretación en el mismo sentido del empleo plautino en *Bacch.* 68 *ubi ego capiam pro machaera turturem*<sup>3</sup>.

En un capítulo dedicado a las reduplicaciones inexplicadas e inseguras se evidencia con mayor nitidez, si cabe, la gran pericia filológica del autor y su labor de etimologista, al examinar palabras de rara estructura y a veces escasamente atestiguadas. Es, naturalmente, la griega la lengua que recibe un tratamiento preferente, casi paralelo a la latina, por la abundancia de correspondencias entre las dos, y por los préstamos que tomó el latín. No obstante, con razón, el autor pone en tela de juicio presuntos préstamos como el de *titta*, respecto de τίθη, que bien pudiera tratarse de una creación independiente y paralela como la de *mamma* y μάμη (p. 61). Al final, un nutrido índice de términos griegos sigue al de los latinos. En suma, esta obra, sin ser extensa, es el fruto de un gran saber lingüístico y de una sólida experiencia filológica, y constituye una aportación fundamental a la investigación de la morfología léxica, a la que tan eficazmente están contribuyendo los latinistas galos.

BENJAMÍN GARCÍA-HERNÁNDEZ

HELANDER, H.—*On the function of abstract nouns in latin*. Acta Universitatis Upsaliensis. Studia Latina Upsaliensia, 11. Upsala 1977, 153 pp.

Se propone el autor analizar la función de los nombres abstractos en latín, entendiendo por nombres abstractos los que denotan cualidad, estado o acción, y aplicando rigurosamente los principios metodológicos de los que parte. Esos principios metodológicos son los de la semántica generativa. En la estructura profunda sólo se trata de relaciones semánticas y, a este nivel, en todo sintagma en el que aparezca un nombre abstracto, éste funciona como «predicado lógico»; así en el ejemplo *exercitus interitum* se trataría de una «predicación» (PN), en la que *exercitus* sería el «sujeto lógico» (s) e *interitum* el «predicado lógico» (p):



<sup>3</sup> Cf. R. Castresana y B. García-Hernández, en *El comentario de textos griegos y latinos*. Madrid, Ed. Cátedra, 1979, p. 167.

Todos los giros en que aparece un nombre abstracto se dejan analizar, a nivel semántico, de esta forma. Por supuesto que el «sujeto lógico» puede tener las más variadas funciones a nivel sintáctico (genitivo —*exercitus interitum*—; adjetivo —*tuam uinolentiam*—; etc.), y que el «predicado lógico» puede a su vez actuar como núcleo llevando junto a él los más variados «adjuntos» (cualificaciones de modo o grado, de lugar, de tiempo, etc.).

Una vez sentado este principio de análisis, que va a ser aplicado rigurosamente a todos los ejemplos analizados, la mayor parte del trabajo se dedica a analizar las relaciones que hay entre la «predicación» en que aparece el nombre abstracto y la «predicación» donde está el verbo que tradicionalmente se ha llamado principal. Un ejemplo: en *exercitus interitum nuntiauisset* se trataría de describir la relación entre la «predicación» en que está el nombre abstracto (*exercitus interitum*) y la «predicación» en que está el otro predicado, el sintáctico (*nuntiauisset*). Estas relaciones son múltiples y el autor las analiza una por una.

Son estas: a) *Uso perifrástico*: son aquellos casos en que la PN, en que está el nombre abstracto, es la «noción general» y la otra «predicación» es sólo una «modificación» de tiempo, o aspecto, de *diathesis*, o de información a nivel estilístico; ej.: *Aduatuci eruptionem fecerunt*, donde *Aduatuci eruptionem* es la noción general, mientras que *fecerunt*, es sólo una modificación de tiempo, algo así como un verbo auxiliar; b) *Uso no perifrástico*, donde se pueden dar las siguientes relaciones: 1.—De «modalización»: la «predicación» donde aparece el nombre abstracto está «modalizada» (está insertada en las nociones de «percepción», «temor», «deseo», etc.) por la predicación donde está el verbo «principal»: *de eius fama nemo loquebatur*, donde *de eius fama* está «modalizada» (la «modalización» en este caso es de «declaración») por *loquebatur*. 2.—Relación de causa a efecto: la «predicación» donde está el nombre abstracto es la causa y la otra el efecto. 3.—Relación temporal; c) *Casos en que el nombre abstracto indica una cualificación de modo o grado* en relación al verbo principal.

Tras estudiar todas estas relaciones, el autor dedica un capítulo a analizar el uso de los dos distintos tipos de relaciones en dos historiadores: César y Amiano. Es un capítulo interesante por lo que ello puede tener de valor a nivel estilístico.

Termina la obra con la bibliografía y con un índice de palabras y conceptos.

Nos hubiese gustado haber hecho una descripción más exhaustiva de algunos de los momentos más interesantes de la obra. Pero creemos que se impone, por encima de todo, una valoración, aunque sea general.

Entre los valores positivos hay que citar, en primer lugar, que se coloca dentro de la corriente semántica de la gramática generativa, con las ventajas que ello supone en relación a la primera gramática generativa, que sólo tenía en cuenta el nivel sintáctico. Helander, en el análisis de cada una de las relaciones (de «modificación», de «causa a efecto», «temporal», etc.) tiene en cuenta no sólo el nivel semántico, del que parte, sino también el nivel sintáctico, señalando claramente qué unidad de un nivel corresponde a otra del otro nivel; con ello quedan perfectamente enumeradas todas las unidades sintácticas que pueden entrar, a nivel semántico, en una «predicación» con nombre abstracto. Se han unido, pues, las ventajas de la descripción semántica de una unidad lingüística con la ventaja de la descripción de los distintos elementos del nivel sintáctico, que pueden entrar en aquella unidad de nivel semántico. No cabe duda de que uno y otro nivel son absolutamente diferentes y de que, para una clara definición de las unidades lingüísticas, se hace necesario el análisis en ambos y la comparación entre ambos.

Por otra parte, aunque esto no lo explota excesivamente el autor, es también positiva la posible aplicación de sus conclusiones desde el punto de vista estilístico. Ello es evidente: si parte del principio de que todo giro, en el que aparece un nombre abstracto, es, semánticamente, una «predicación», al hablante de la lengua se le ofrece la posibilidad de, a nivel sintáctico, utilizar ya el giro con nombre abstracto, ya otro giro con un predicado normal. El

que escribe puede utilizar cualquiera de las dos construcciones, lo cual sería computable desde el punto de vista estilístico.

Hay también factores que no son tan positivos como los anteriores. Entre ellos, creemos que está, en primer lugar, el papel de «protagonista» que casi siempre da, a nivel semántico, a la «predicación» que lleva el nombre abstracto. Algo que no queda muy claro son las relaciones de «modalización»; pensamos que ello ha sido mucho mejor explicado en la gramática estructural: recordemos el nombre del español L. Rubio y su trabajo sobre el modo latino, donde relaciona perfectamente la modalidad y el modo. Tampoco está muy clara, y el autor no se preocupa de aclararlo, la relación entre su doctrina y la teoría de los casos de Fillmore: en el concepto de «sujeto lógico» de Hellander se incluyen varios casos de Fillmore, con lo que opera con el concepto de «sujeto», que no es de Fillmore, y con los conceptos de «agentivo», etc., que sí son de Fillmore.

De todas formas, el trabajo tiene su importancia, creemos, sobre todo porque, al jugar con el nivel sintáctico y el semántico, quedan perfectamente definidas las unidades lingüísticas que intervienen en los giros analizados.

E. SÁNCHEZ SALOR

MAGGIULLI, G.—*Nomenclatura micologica latina*. Istituto di Filologia Classica e Medievale. Génova 1977, 168 pp.

Contiene esta obra dos partes esenciales: un acervo de todos los autores clásicos que, directa o indirectamente, han tratado de los hongos superiores y, en segundo lugar, la interpretación de sus citas con arreglo a los conocimientos de la micología actual.

El acopio de autoridades greco-latinas es casi exhaustivo. Comparándolo con el reunido por dos autores ya clásicos en esta materia (Richon y Roze, en el *Atlas des champignons comestibles et veneneux de la France et des pays circonvoisins*, París 1888, y Steiner s. u. *Pilze en la RE* de Pauly-Wissowa), se aprecia la enorme superioridad de las fuentes documentales aportadas por la autora.

Pero la interpretación correcta y adecuada de todos estos textos ofrece dificultades muchas veces insuperables, porque los autores griegos y, sobre todo, los romanos hablaban de algo consabido que servía de alimento, en ocasiones muy apreciado, o de tóxico peligroso, y no creían por ello necesario dar descripciones minuciosas. Además, la distinción que hacen de los hongos en dos categorías, las de comestibles y venenosos, no dependía de caracteres intrínsecos, sino de causas exógenas, como afirmaba Dioscórides: de hierros oxidados, de ropas podridas o del aliento ponzoñoso de una culebra.

Tampoco cabe echar en olvido la bivalente actitud etnológica de diversidad de pueblos ante las setas. Hay una micofobia griega y una micofilia latina. Ni se puede pasar por alto que casi todos los que trataron de esta materia eran médicos o relacionados con la medicina.

Ya las dos denominaciones generales de *μύκη* y *fungus* traslucen estas diferencias. Porque *μύκη* es como un «tumor maligno de la tierra», similar a la «excrecencia purulenta de una herida» y, como ésta, originada por el humor impuro que ha sufrido una cocción liberadora, según la teoría humoral de Pólibo. Esta génesis patológica refleja la micofobia griega, sobre todo de la clase intelectual, porque sabemos, por textos de los cómicos Políoco y Antífanes, que las setas eran uno de los componentes obligados de la dieta de pobres y humildes.

En cuanto a la denominación genérica latina de *fungus*, emparentada con el griego

σπογγία, es una voz que indica la estructura aerolar o esponjosa de las setas, pero no prejuzga nada sobre sus propiedades alimenticias. Por eso, la gran originalidad de Plinio el Viejo (23-79 p. C.) no son los datos, que provienen casi siempre de Teofrasto (372-287 a. C.), Nicandro (c. 275 a. C.) y quizá de Dioscórides, contemporáneo suyo, sino de su diferente actitud ante los hongos, derivada de la micofilia latina. Incluso en el *De re coquinaria*, atribuido a Apicio, hay recetas (VII 13-14) para los *fungi farnei*, los *boleti* y los *tubera*.

Pero el gran problema es la determinación de los macromycetes utilizados por griegos y romanos, y su equivalencia en la nomenclatura micológica actual. En las pp. 147-149 se presenta un cuadro resumen de ellas. Hacemos sobre el mismo las siguientes observaciones.

No cabe duda que *boletus* se refería a la *Amanita caesarea* (Scop. ex Fr.) Grev, pero también a otras *Amanitae*, incluso tóxicas, como la *Amanita muscaria* (L. ex Fries) Hooker, la *A. pantherina* (D. C. ex Fr.) Krombh y, quizá, la *A. phalloides* (Fr.) Link o la *A. verna* 1 (Bull. ex Fries) Roques. Téngase en cuenta que el envenenamiento del emperador Claudio por Agripina podría explicarse por la mezcla de *Amanita caesarea* (Scop. ex Fr.) Grev, con el jugo de *Amanita phalloides* (Fries) Link, ya que no se alteraría en nada el gusto de aquel manjar (véase Heim, R., *Les champignons toxiques et hallucinogenes*, 1963, p. 29 ss.).

El *fungus qui rubet callo* creemos que se refiere al *Lactarius deliciosus* L. ex Frieso, o niscallo, y no a especies del género *Hygrophorus*, y ello no sólo por el fresco de Herculano, que revela que era de utilización corriente, sino por el adjetivo *tutissimi*, ya que, en efecto, el látex anaranjado o rojizo que «enrojece su cutícula» lo hace inconfundible. Pero además los *Hygrophori* del grupo *Punicei* son pequeños y, como comestibles, no muy apreciados. A éstos puede referirse la expresión *fungus cocco rubrior*. Nótese, por otra parte, que *rubet* significa «que enrojece», no que «es rojo», como en la última frase. *Rubet* está de acuerdo, además, con el cambio de color debido al látex de este hongo, más intensamente rojo todavía que el tono del *boletus*, que es anaranjado.

Tampoco es dudosa la atribución a setas del género *Agaricus*, conforme a la nomenclatura actual, del *fungus candidus*. Así, los dos primeros pueden referirse al *Agaricus campester* (Linneo) Fries, pero el *fungus candidus* o de color «blanco brillante» no lo creemos equivalente al anterior, sino que se refiere sin duda al *Agaricus arvensis* Schaeff. ex Fries, que es, en efecto, de color blanco satinado.

Los *suilli* acaso pudieran ser hongos carnosos con poros, que actualmente se incluyen en el género *Boletus*, pues todavía hoy llaman en Italia *porcini* a muchos de estos hongos (p. 77).

Muy dudoso es, en cambio, considerar al *fungus caninus* (que cita Pelagonio) como *Hydnum repandum* L. ex Fries, y ya advierte Steier que no se puede precisar a qué especie se refiere.

Al final de este cap. VII alude la A. al *Matinus caninus* (Huds. per Pers.) Fries —que, por error, está impreso *Mutilus*— y asegura que se parece a un «diente de perro» y que «su color es agradable». Lo cierto es que el olor es nauseabundo, como en casi todos los Faláceos, y la forma justifica el nombre genérico *Matinus* (epíteto de dios Príapo) y la designación italiana de «pisciaccane» dada en estos hongos.

En el cap. VII se trata de *agaricus* y es evidente que se refiere Plinio al *Fomes officinalis* Bresadola, ahora denominado *Laricifomes officinalis* (Vill. ex Fries) Kotl. et Ponz, porque han llegado hasta hoy sus usos como purgante y, por tanto, como antídoto. Pero la frase de Plinio respecto a otro hongo de la Galia, luminoso en la oscuridad y que vive en los robles, podría denotar, por esta luminiscencia, a la *Armillariella mellea* (Vahl ex Fries) Karst.

Tampoco es de dudar que el *fungus aridus* o el *ligneus* correspondan a los hongos yesqueros, o sea, al *Fomes fomentarius* Gill. o al *Fomes ignarius* Gill. (*Phellinus ignarius* Quélet), ya que su empleo para prender fuego se ha transmitido casi hasta nuestros días (cap. IX).

En el cap. X se identifica el *Libycae populi fungus*, ya con el *Pleurotus ostreatus* (Jacq. ex Fries) Kummer o, más probablemente, con el *Agrocybe aegerita* (Brig.) Singer. Ambos son cultivables y comestibles, pero sólo el segundo se relaciona, de forma bastante exclusiva, con el chopo (gr. αἴγειρος «chopo negro») y conserva aún hoy en italiano el nombre de *pioppino* y *pioppinello* (p. 106).

El *ferulae fungus*, nombre que como el de *Libycae populi fungus* determinan la especie de seta por la planta a ella asociada, sea por parasitismo o por micorrizcia, manifiesta su probable identificación. En este caso podría tratarse del *Pleurotus eryngii* (D. C. ex Fries) Quélet var. *ferulae* Lazi, que en la Italia del N. crece cerca del *Laserpitium latifolium* L. y en la Italia del S. sobre la *Ferula communis* L. Plinio tiene a dicho hongo por hemostático, pero este uso se le desconoce hoy, por lo que no se puede afirmar con plena seguridad tal equivalencia (cap. XI).

Más dudoso todavía es suponer que el *fungus farneus*, cuyo adjetivo específico *farneus* podría referirse ya al *Quercus robur* L. o ya al *Fraxinus*, corresponda al *Catharellus cibarius* Fries. Se basa esta suposición en una receta de Apicius (VII, 13) en que los *fungi farnei* son preparados en crudo con pimienta, vino cocido, vinagre y aceite. Pero es que también el *Bolletus edulis* Bull. ex Fries o el *Agaricus campester* (L.) Fries pueden consumirse en ensalada. Tal es la hipótesis de Richon et Roze (cap. XII).

También la denominación *pezica*, que responde al griego πέζικ, aparece en Plinio, caracterizándose por ser hongos que *sine radice aut pediculo nascuntur* (N.H. XIX 33 ss.). Suponer que esta somera descripción pueda dar pie a una identidad con las *pezicae* es muy aventurado (cap. XIII).

La voz *spongea*, supuesta por Steier como significando «seta» en general (art. cit. en RE, col. 1372), aplicada por Plinio (N.H. XIX 63) a «setas que nacen del humor de los prados», se ha hecho equivalente a hongos del género *Morchella*, sin más apoyo que la constitución aerolar o esponjosa de los carpóforos de tales ascomycetes, sin tener en cuenta que las *Morchellae* crecen en el lecho de hojas de los bosques o en los escombros más que en los prados (cap. XIV).

En el caso del *tuber* hay más seguridad. Porque este nombre que, por excepción, ha conservado su atribución a través del tiempo, referida a las trufas, se acompaña de adjetivos que determinan bastante bien las diversas especies de estos ascomycetes. Así *tuber rufum nigrumque* corresponde al *Tuber melanosporum* Vitt.; el *tuber candidum* al *Tuber magnatum* Pico; el *tuber harenosum* a la *Terfezia leonis* Tulasme, y el *tuber putrescens* al *Tuber excavatum* Vitt. (cap. XV).

Finalmente, en el cap. XVI se demuestra que la frase pliniana *clavus siue fungus uel patella* (N.H. XVIII 223) no alude a ninguna seta, sino a corales.

Termina el libro con un apéndice sobre la mico-gastronomía en la antigüedad clásica, en que se revisan las recetas de Apicio.

La obra viene a completar y culminar, como ya he dicho, el estudio del léxico micológico greco-latino y deseamos que las precisiones que nos ha merecido puedan ser de utilidad a la autora en una segunda edición de esta importante monografía.

LUIS FREIRE GARCÍA

MINYARD, J. D.—*Mode and value in the De rerum natura. A Study in Lucretius' metrical language*, Wiesbaden, Franz Steiner Verlag GMBH, 1978, XV + 184 pp.

Se intenta aquí una nueva aportación a la nada fácil empresa de interpretar y valorar una obra tan compleja en forma y contenido como es el poema de Lucrecio. El presente trabajo, que forma parte de un proyecto más ambicioso sobre el *De rerum natura*, se propone la descripción detallada de cierto aspecto técnico del estilo lucreciano: el lenguaje formulario. Se inscribe, por tanto, en la línea de los estudios de Gneisse, Lenz, Deutsch o Raubitschek, aunque con mayor complejidad y amplitud de planteamientos.

A pesar del subtítulo, no es propiamente un estudio métrico lo que aquí se presenta, sino un análisis de las fórmulas de expresión lingüística. Tales fórmulas, claro está, al tratarse de una obra en verso, se hallan condicionadas por el metro; son estudiadas en relación con dicha unidad métrica, pero sin que ello suponga un estudio esencialmente métrico, o sea, un estudio en que se plantee la funcionalidad de dichas fórmulas dentro de la estructura métrica de la obra.

Se parte de la idea de que junto a una serie de correspondencias métricas, fonéticas, morfológicas o sintácticas, existen en el poema ciertas fórmulas de dicción organizadas en un sistema complejo e intrincado que contribuye a sustentar la estructura orgánica del poema. Este sistema arranca de los elementos más materiales (los elementos sonoros que componen las palabras) para ir creciendo en una serie de planos jerárquicos: frases cortas, versos completos, unidades de varios versos. Son estos los cuatro tipos de fórmula que aquí se analizan (*word, phrase formula, whole verse formula* y *passage formula*).

Hay un estudio previo de cada uno de estos tipos, así como un planteamiento general del estilo formulario de Lucrecio; todo ello se ejemplifica luego en un análisis de los versos 176-268 de IV.

Sobre la base de todos estos datos se abordan a continuación cuestiones relativas al modo, género, tema, objetivos, etc., del poema.

Finalmente se clasifican las distintas expresiones formularias en dos largos índices (pp. 103-172): uno que incluye las *phrase formulas*, clasificadas según su forma métrica y su posición dentro del verso, y otro en el que se ordenan las *whole verse formulas* y las *passage formulas*.

Cierran el libro los índices bibliográfico, de pasajes citados y de nombres propios.

J. LUQUE MORENO

LUQUE MORENO, JESÚS.—*La versificación de Prudencio*. Universidad de Granada, 1978, 112 pp.

El título completo del opúsculo es, más bien, *El acento de palabra en la versificación de Prudencio*, según se desprende de la declaración expresa del propio autor en la p. 11 de la Introducción: «Como se puede deducir por el propio título que hemos dado a nuestro trabajo, es al acento de palabra hacia donde van a ir dirigidas sobre todo nuestras observaciones», y según reza —con una mínima alteración— el filete superior de las páginas pares a lo largo de toda la obra. Y su contenido, en efecto, corresponde exactamente al propósito así manifestado: las cuestiones no directamente acentuales o bien se relacionan indirectamente con éstas (así, abundantemente, las cesuras, la tipología, etc.), o bien —prácticamente, en un único caso, el excursus dedicado a los homoteleutos en

el dístico elegíaco en pp. 78-79— aparecen más bien como esbozo sugestivo que como estudio exhaustivo y detallado, en claro contraste con la minuciosa atención y penetrante profundidad con que se tratan las fundamentales del trabajo. Atención y profundidad que, a su vez y también en correspondencia al propósito expuesto, se ven acompañadas de una extensión responsable: por un lado, y para poder llegar a unas Conclusiones generales, figuran extractados (pp. 101-103) los datos sobre la cuestión en los versos eólicos, según se desprende de una obra anteriormente publicada dedicada a todos ellos, en lo que toca a Prudencio; por otro, se atiende también —aunque no sea más que con «breves observaciones»— a las cuestiones acentuales de las cláusulas del hexámetro y pentámetro dactílicos prudencianos, partiendo atinadamente del supuesto de que sólo estas partes merecen en tales versos ponerse en parangón con los demás estudiados en lo que a la distribución acentual respecta. (Lo que no debe inducir a infravalorar estos pasajes del estudio: para acreditar que han sido elaborados con profundidad y atención parangonable a los demás, puede bastar la incisiva observación de la n. 1 de p. 103, a propósito de la posibilidad que L. detecta de una regularidad en la cesura del v. 6 del Prefacio del *Cathemerinon* a base de admitir que Prudencio se habría dejado llevar de la pronunciación de *i* protética en *spatio*: la importancia de la sospecha en autor tan refinado no necesita encarecerse, al tratarse de un vulgarismo que, registrado gráficamente ya desde más de dos siglos antes de Prudencio, no fue atendido por los gramáticos hasta otros dos después, en la obra de S. Isidoro).

Continúa, pues, siendo núcleo fundamental del presente trabajo el que ya lo había sido del comienzo de los estudios métricos del autor, según él mismo anuncia (p. 9), pero *quantum mutatus ab illo!* Idéntico aprovechamiento en los puntos de arranque de las investigaciones de Norberg sobre la versificación acentuativa medieval; incluso reiteradas —como no podía ser menos— la mayor parte de estadísticas y porcentajes. Pero de ningún modo cabría tener al presente libro como una publicación tardía de aquella Memoria, que había quedado inédita, ni siquiera como una ampliación, a base de atención a otros ritmos y comparación con otros autores (Horacio y Séneca sobre todo, mediante muestreos significativos: sólo Prudencio es tratado exhaustivamente). Lo que destaca por su importancia en el trabajo actual, es el coronamiento de un método, que se revela altamente eficaz con bastantes de los versos a que se aplica; así, pp. 33-34, acerca de hasta qué punto pudo ser intencionada, por parte de Prudencio, la tendencia a la homodinia en los de ritmo yámbico. Con exageración, pero no desadecuadamente, cabría llamarlo «experimental», pues consiste en someter, en efecto, los versos o hemistiquios cuestionados a todas las modificaciones posibles, y calibrar así el grado de casualidad o de voluntariedad que pudo ocurrir en que Prudencio los escribiera tal como lo hizo. Método, por lo demás, aplicado sin obsesión, esto es, reconociendo sinceramente sus limitaciones, e incluso su inoperancia en determinados ritmos (así, pp. 67 y 69). Los años transcurridos, y los estudios efectuados por el autor entre tanto, se revelan también óptimamente aprovechados en la superación de la polarización «homodinia/heterodinia», a base de la admisión del concepto denominado «regularidad» para aquellos versos «que se ajustan al esquema acentual que se fijaría luego en la versificación posterior, o simplemente... esquema acentual predominante» (pp. 108-109).

Ahí es, probablemente, donde se hace más sensible que la obra siga pareciéndose a su formulación inicial: en el no haber roto, por fin, lanzas frente a las posturas opuestas y seguir con sólo la mención de la bibliografía fundamental «favorable». Que a un cuarto de siglo de haber demostrado Seel, Pohlmann, Norberg y el propio Luque que los descendientes acentuativos de los versos cuantitativos no tienen siempre el esquema de modo que los acentos correspondan a los antiguos ictus, sino a veces a los antiguos acentos de palabra

colocados fuera de ellos con máxima «regularidad», se siga disputando sobre si la lectura de los versos latinos comportaba ictus vocálico o no, sin tener en cuenta tales diferencias, es, sin duda, lamentable. Pero también lo resulta que los descubridores de las mismas —o los convencidos por ellos— sigan escribiendo sin defenderse del silencio de quienes no les atienden. Y más cuando, como en el presente caso, podrán animarles sus mismas nuevas investigaciones, nada descorazonadoras, sino altamente corroborativas: el acento no es todavía elemento fundamental, sino sólo redundante en la versificación de Prudencio; pero admitido a conciencia como tal y quizá buscado voluntariamente el ritmo que así se procura, influencia de la prosodia de la lengua viva pese al mantenimiento de la tradición cuantitativa (p. 110); Prudencio se halla a mitad de camino entre Horacio-Séneca y Boecio-Fortunato (p. 30). Y todavía más cuando tales afirmaciones no son producto de apreciaciones subjetivas, antes se basan en múltiples páginas de apretadas estadísticas y porcentajes (25-29, 42-44, etc.), cada una de las cuales supone docenas de horas de trabajo, generalmente bien llevado.

Pocas son, en efecto y poco significativas las objeciones que, en cuanto al detalle, cabe oponer: p. 17 —como ya reconocerá L. en p. 59—, mejor se avenía con el esquema prudenciano la denominación «tetrametro cataléctico» que «septenario»; p. 18, se han omitido los adónicos; p. 23, la líquida no pertenece a esa sílaba constituida por «oclusiva-vocal-líquida», sino a la siguiente; no hay «consonantización» en *mansuescit* ni en *persuasionis*, dado que la *u* es consonante ya de entrada; p. 49, la equipación de *Peristephanon* X 345 y su inversión no es válida en el primer pie; p. 65, por peligrosa al afectar a cifras solamente, merece señalarse la errata en el % de ictus coincidentes en el 2.º hemistiquio de *Cathemerinon* IX, a leer 89,04; p. 75, en mala hora se ha basado en la impugnabilísima clasificación de Nougaret la distinción entre finales de hexámetro normales y anormales, con lo que se desemboca en tener que reconocer para Prudencio algunas anormalidades como más usuales que algunas normalidades; especialmente interesante resulta el incremento de finales 5 y 1 + 4 para una obra como la comentada, que debía haber resaltado cómo, pese a su —en este caso, acertada— excepcionalidad, pueden haberse hecho ya más tolerables para Prudencio por su relativa homodinia; pp. 81-92, se hace difícil admitir como motivo conductor del estudio del tetrametro dactílico cataléctico unas supuestas cesuras, cuyos % no rebasan, en el mejor de los casos, el 37 %, con lo que no es extraño que el propio autor ya advierta honradamente: «toda esta distinción entre cesuras no puede en muchos casos dejar de ser puramente convencional. Muchos versos, por lo que se refiere a los lugares de fin de palabra, pueden ser encuadrados en más de uno de los grupos que estamos estableciendo»; era mejor, pues, haber procedido ya de entrada como al final se acaba procediendo: prescindir de supuestas cesuras y agrupar los tipos de verso sólo según la secuencia de acentos; p. 88, debió observarse que en *redeunt*, el acento que coincide con el ictus no es el principal, sino el secundario de la sílaba final.

No sería justo terminar sin destacar, también en este terreno detallístico, tres observaciones ocasionales que deponen, sin embargo, muy válidamente, en favor de las conclusiones generales del autor: p. 45, en el trímetro yámbico aumenta Prudencio los primeros pies anapésticos en detrimento de los dactílicos y tríbracos, dado que aquéllos producen homodinia; p. 53, la variante cataléctica del propio verso tiene el primer pie más como el endecasílabo sáfico en *Perist.* XII, en que va combinado con otro verso lírico que como en el Epílogo, donde se combina con el dímetro troc. cataléctico; en tanto que (p. 54) la homodinia en éste es mayor que en aquél, por ir combinado con el último, de ritmo binario también.

S. MARINER BIGORRA